

Lewis Carroll

La caza del Snark



Lewis Carroll

La caza del Snark



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CAZA DEL SNARK

LEWIS CARROLL

PUBLICADO: 1876

FUENTE: WWW.GUTENBERG.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE MILLENNIUM FULCRUM EDITION 1.2

DEDICATORIA

Dedicado a una niña querida: en memoria de doradas horas de verano y de los susurros de un mar de verano.

Galana de chico para su chico trajín,
Empuña con ardor la pala; mas le agrada
Reposar en rodilla amiga y pedir sin fin
Tal historia, por él amada.

Rudos espíritus de la contienda encendida,
Usados al fragor, y ciegos a su alma pura,
Decid, si os place, que tal hora es vida perdida,
¡Exenta de toda dulzura!

Charla, dulce niña, y redime de amargura
Hastiados pechos que el saber deja sin cariño.
¡Ah, dichoso quien tiene la más tierna ventura,
Todo el amor de un niño!

¡Atrás, dulces quimeras, no atormentéis mi alma!
Vela y trabajo reclaman mi noche y jornada—
¡Aunque claros recuerdos de aquella orilla en calma
Yerran aún en mi mirada!

PREFACIO

Si alguna vez —y la cosa es descabelladamente posible— se le imputara al autor de este breve pero instructivo poema el cargo de escribir disparates, tal acusación se fundaría, estoy convencido, en el verso (en la pág. 4)

«A veces el bauprés se enredaba con el timón».

Ante tan penosa posibilidad, no apelaré (aunque podría) con indignación al resto de mis escritos como prueba de que soy incapaz de semejante fechoría; no señalaré (aunque podría) el firme propósito moral de este mismo poema, ni los principios aritméticos que con tanta cautela se inculcan en él, ni sus nobles enseñanzas de Historia Natural: tomaré el camino más prosaico de explicar sencillamente cómo sucedió.

El Bedel, que era de una sensibilidad casi morbosa en materia de apariencias, hacía desmontar el bauprés una o dos veces por semana para rebarnizarlo, y más de una vez ocurrió que, llegada la hora de volver a colocarlo, nadie a bordo era capaz de recordar a cuál de las dos puntas del barco pertenecía. Sabían que de nada servía acudir al Bedel para consultárselo: se habría limitado a remitirse a su Código Naval y a leer en tono patético unas Instrucciones del Almirantazgo que ninguno de ellos había logrado entender jamás; de modo que la cosa acababa por lo general con el bauprés amarrado de cualquier manera, atravesado sobre el timón. El timonel permanecía allí al lado con lágrimas en los ojos; sabía que todo aquello estaba mal, pero ¡ay!, la Regla 42 del Código, «Nadie

hablará al Hombre del Timón», había sido completada por el propio Bedel con estas palabras: «y el Hombre del Timón no hablará a nadie». Así pues, toda protesta resultaba imposible, y no había forma de gobernar el barco hasta el siguiente día de barnizado. Durante esos desconcertantes intervalos, el barco solía navegar hacia atrás.

Como este poema guarda cierta relación con el cantar del Jabberwock, permítaseme aprovechar la ocasión para responder a una pregunta que se me ha hecho a menudo: cómo se pronuncia «slithy toves». La «i» de «slithy» es larga, como en «writhe»; y «toves» se pronuncia de manera que rime con «groves». Asimismo, la primera «o» de «borogoves» se pronuncia como la «o» de «borrow». He oído a algunos empeñarse en darle el sonido de la «o» de «worry». Tal es la Perversidad Humana.

Parece también esta una ocasión propicia para ocuparse de las demás palabras difíciles de aquel poema. La teoría de Humpty-Dumpty, según la cual dos sentidos van embutidos en una sola palabra como en una maleta, me parece la explicación acertada para todas ellas.

Toma, por ejemplo, las dos palabras «fumante» y «furioso» («fuming» y «furious»). Decídete a decir ambas palabras, pero deja sin resolver cuál dirás primero. Abre ahora la boca y habla. Si tus pensamientos se inclinan lo más mínimo hacia «fumante», dirás «fumante-furioso»; si se vuelven, aunque sea el grosor de un cabello, hacia «furioso», dirás «furioso-fumante»; pero si posees el más raro de los dones, una mente perfectamente equilibrada, dirás «frumioso» («frumious»).

Supongamos que, cuando Pistol pronunció las célebres palabras «¿Bajo qué rey, bisoño? ¡Habla o muere!»,

el juez Shallow hubiese tenido la certeza de que se trataba o de William o de Richard, pero no hubiese logrado decidir cuál de los dos, de suerte que le resultara del todo imposible pronunciar uno de

los nombres antes que el otro: ¿cabe dudar de que, antes que morir, habría farfullado «¡Ricliam!»?

ATAQUE PRIMERO

EL DESEMBARCO

«¡El sitio ideal para un Snark!», el Bedel repetía mientras desembarcaba con cuidado, sujetando a cada hombre sobre el agua que subía por un dedo en su cabello enredado.

«¡El sitio ideal para un Snark! Dos veces lo he dicho: eso solo os debiera animar.
¡El sitio ideal para un Snark! Ya van tres, no es capricho: Lo que os digo tres veces es verdad».

El equipo iba al completo: llevaba un Betunero, un Bolsista que tasara sus bienes, un Bachiller que zanjara sus pleitos y un Bonetero que labraba capuchas y bonetes.

Un Billarista, de una maña colosal, podría haber ganado más de la cuenta; mas un Banquero, contratado a coste descomunal, el dinero de todos guardaba en su cuenta.

Iba un Castor, además, que en cubierta paseaba, o sentado hacía encaje en la proa; y (dijo el Bedel) de más de un naufragio los salvaba, aunque nadie a bordo supo en qué forma.

Había uno famoso por la cantidad de cosas que olvidó nada más embarcar: su paraguas, su reloj, sus anillos y sus joyas, y la ropa que compró para viajar.

Tenía cuarenta y dos baúles, bien cerrados, con su nombre bien claro en cada tapa; pero, como omitió mencionar ese dato, todos se quedaron en la playa.

Poco importaba la ropa: al llegar ya traía siete abrigo puestas encima, el pobre, y tres pares de botas; pero lo peor venía: había olvidado del todo su nombre.

Respondía a «¡Eh!» o a cualquier voz atronadora, como «¡Fríeme!» o «¡Achicharren mi peluca!», a «¡Comosellame!» o a «¡Cómoerasunombre!», pero a «¡Chismecosa!» como a ninguna.

Y a quienes gustaban de un término más contundente les tenía otros nombres guardados: sus amigos del alma lo llamaban «Cabos-de-Vela», y sus enemigos, «Queso-Tostado».

«Su figura es desgarbada; su intelecto, escaso» (así solía el Bedel comentar), «¡pero su coraje es perfecto! Y eso, al cabo, es justo lo que hace falta ante un Snark».

Bromeaba con hienas, devolviéndoles la mirada con impúdico vaivén de cabeza; y una vez paseó con un oso, zarpa con zarpa, «solo por quitarle», dijo, «la tristeza».

Llegó de Bizcochero, mas confesó ya muy tarde —y dejó al pobre Bedel medio loco— que solo hacía tarta nupcial y, he de aclararte, no había ingredientes a bordo.

El último del grupo merece mención especial, aunque parecía un Zote de remate: tenía una sola idea; mas, siendo esa idea «Snark», el buen Bedel lo enroló al instante.

Llegó de Carnicero, mas con gravedad avisó, cuando el barco llevaba ya una semana, que solo mataba Castores. El Bedel se espantó y del miedo apenas le salió palabra.

Mas acabó explicando, con voz que le temblaba, que a bordo solo había un Castor; y que era uno manso y suyo, que él mismo criaba, cuya muerte causaría hondo dolor.

El Castor, que acertó a oír aquel particular, protestó, con lágrimas en la mirada, ique ni siquiera el arretrato de cazar al Snark compensaba sorpresa tan aciaga!

Aconsejó, muy serio, que al Carnicero lo embarcaran en un buque distinto y aparte; mas el Bedel declaró que aquello no cuadraba con los planes trazados para el viaje.

La navegación fue siempre un endiablado arte, aun con un barco y campana no más; y temía que debía declinar, por su parte, el encargarse de otra nave además.

Sin duda, lo mejor para el Castor era comprar una casaca de segunda mano a prueba de puñales —así lo aconsejó el Bizcochero— y luego asegurar su vida en una Compañía notable.

Lo propuso el Banquero, que ofrecía en arriendo (a precio módico), o bien vendido, dos Pólizas excelentes: una Contra Incendios y otra Contra Daños por Granizo.

Y sin embargo, siempre, desde aquel día aciago,
si el Carnicero rondaba el navío,
el Castor miraba hacia el lado contrario,
y parecía inexplicablemente esquivo.

ATAQUE SEGUNDO

EL DISCURSO DEL BEDEL

Al Bedel lo subían a los cielos a porfía:
¡qué porte, qué gracia, qué calma mostraba!
¡Y qué grave, además! Que era sabio se veía
con mirarle a la cara: bastaba.

Había comprado un gran mapa que era todo mar,
sin el menor vestigio de tierra;
y la tripulación se alegró al encontrar,
por fin, un mapa que entiende cualquiera.

«¿De qué sirve Mercator, con sus Polos y Ecuador,
trópicos, zonas y meridianos?»,
así el Bedel voceaba; y el tropel, con fervor:
«¡Son signos que inventan los humanos!

»¡Otros mapas son pilas de cabos y de islas!,
mas gracias a nuestro capitán bravío»
(protestaba el tropel) «nos compró el mejor papel:
¡un perfecto y absoluto vacío!»

Encantados quedaron; mas luego observaron
que aquel capitán de fe soberana
tenía un recurso, no más, para el curso del mar:
y era hacer tintinear su campana.

Era grave y cabal; mas cada orden verbal
bastaba para aturdir al más fiel.
Al gritar: «¡Timón a estribor, pero la proa a babor!»,
¿qué diablos hacía el timonel?

A veces el bauprés se enredaba con el timón:
cosa que, como el Bedel ha observado,
en climas tropicales sucede un montón,
cuando un barco está, digamos, «esnarcado».

Mas el fallo mayor fue al bogar y al virar,
y el Bedel, ya perplejo y doliente,
dijo que esperaba que, cuando el este soplaba,
iel barco no fuera derecho al oeste!

Mas pasó el mal rato: llegaron al cabo,
con sus cajas, baúles y maletas;
aunque a la cuadrilla no alegró aquella orilla,
que era todo peñascos y grietas.

El Bedel advirtió los ánimos por el suelo,
y repitió, con musical sonido,
unos chistes guardados para el día del duelo;
mas la grey solo daba un gemido.

Repartió mucho grog con generosa mano,
y les mandó sentarse en la arena;
y todos vieron: ¡qué capitán tan soberano!,
de pie, mientras soltaba su arenga.

«¡Amigos, romanos, compatriotas, prestadme oídos!»
(a todos les gustaban las citas:
conque bebieron a su salud con tres alaridos,
mientras raciones de más repartía).

«Hemos surcado meses y surcado semanas
(cuatro semanas al mes, podéis contar),
mas nunca hasta hoy (os habla el capitán, sin patrañas)
ihemos visto el más leve asomo de un Snark!

»Hemos surcado semanas, surcado jornadas
(siete días la semana, he contado),
mas un Snark al que echar amorosas miradas
i hasta hoy no lo hemos avistado!

»Venid, escuchad, que os repito la verdad:
las cinco marcas que no pueden fallar
por las cuales sabréis, dondequiera que estéis,
los auténticos, garantizados Snarks.

»Vayamos por orden. La primera es el gusto,
escaso y hueco, pero crujiente,
como un traje en el talle demasiado justo,
y un dejo de fuego fatuo evanescente.

»Convendréis en que abusa, y con cierto alarde,
de alzarse a deshora, francamente,
pues desayuna con el té de las cinco de la tarde
y no come hasta el día siguiente.

»La tercera es su enorme lentitud para el chiste.
Si os atrevéis con alguna suave,
suspirará como algo hondamente triste,
y ante un retruécano se pone grave.

»La cuarta es su amor por casetas de baño rodantes,
que acarrea consigo sin medida,
y cree que hacen los paisajes más elegantes:
opinión que no es del todo segura.

»La quinta es la ambición. Y ahora es justo pasar
a describir cada casta y su maña:
distinguiendo a los que llevan pluma y saben picar
de los que llevan bigotes y arañan.

»Pues aunque el Snark corriente no os turbará la calma,
siento el deber de deciros, sincero,
que algunos son Boojums—» El Bedel calló, con alarma,
pues se había desmayado el Bizcochero.

ATAQUE TERCERO

EL CUENTO DEL BIZCOCHERO

Lo animaron con bollos, lo animaron con hielo,
lo animaron con berros y mostaza,
lo animaron con dulce y consejos de abuelo,
y con enigmas de endiablada traza.

Cuando al fin se sentó y pudo hablar, ya animado,
quiso contar su historia, triste y llana;
«¡Silencio! ¡Ni un ay!», gritó el Bedel, exaltado,
e hizo tintinear su campana.

¡Fue el silencio mayor! Ni un chillido, ni un clamor,
ni un aullido, ni un gemido lejano,
y el del «¡Ah!», con dolor, contó su historia de horror
en un tono antediluviano.

«Mi padre y mi madre fueron pobres, mas de honor puro...»
«¡Sáltate eso!», gritó el Bedel sin tardar.
«Como una vez llegue lo oscuro, no hay Snark seguro:
ino hay un minuto que malgastar!»

«Me salto cuarenta años», dijo, en llanto, el Bizcochero,
«y prosigo sin más comentar
hasta el día en que me embarcasteis en vuestro velero,
para ayudaros a cazar al Snark.

»Un tío muy querido (de quien tomé mi nombre)
me dijo, al despedirme, con voz llana...»
«¡Ah, sáltate a tu querido tío!», gritó aquel hombre,
y, airado, hizo tintinear su campana.

«Me dijo entonces (dijo el más manso de las criaturas):
‘Si tu Snark es un Snark, bien está así;
llévalo a casa; puedes servirlo con verduras,
y sirve muy bien para encender el candil.

‘Puedes buscarlo con dedales y con celo temerario;
puedes cazarlo con horquillas e ilusión;
puedes su vida amenazar con un bono ferroviario;
puedes hechizarlo con sonrisas y jabón’».

(«¡Ese es justo el método!», el Bedel, muy osado,
en veloz paréntesis clamó,
«¡ese es justo el modo que siempre me han contado
que la captura de Snarks se intentó!»)

«‘Mas ¡ay, radioso sobrino!, teme el día funesto,
¡si tu Snark es un Boojum! Pues allí
te esfumarás de pronto y en silencio,
y nunca más se sabrá de ti’.

»Es esto, es esto lo que me oprime el alma,
al pensar en las palabras de mi tío:
y mi corazón no es sino un cuenco sin calma,
irebosante de cuajada y de escalofrío!

»Es esto, es esto...» «¡Eso lo acabas de decir!»,
dijo el Bedel con aire indignado.
Repuso el Bizcochero: «Dejádmelo repetir.
¡Es esto, es esto lo que me ha aterrado!

»Cada noche, a oscuras, con el Snark tengo aventuras
en una lucha soñada y febril:
lo sirvo con verduras en escenas oscuras,
y me sirve para encender el candil:

»Mas si doy con un Boojum, ese día, al momento
(de esto no me cabe dudar),
me esfumaré de pronto y en silencio,
iy la idea no puedo soportar!»

ATAQUE CUARTO

LA CACERÍA

Ufoso se quedó el Bedel, y arrugó la frente.
«¡Si lo hubieras contado al zarpar!
¡Mentarlo ahora es de lo más inconveniente,
con el Snark a punto ya de llamar!

»Nos tocaría llorar, bien lo puedes pensar,
si nunca más se supiera de ti;
mas, cuando el viaje empezó, ¿no se te ocurrió
sugerirlo, mi buen hombre, allí?

»Mentarlo ahora es de lo más inconveniente,
cosa que creo haber hecho constar».
Y el que llamaban «¡Eh!» suspiró, muy doliente:
«Os lo dije el día de embarcar.

»Podéis acusarme de asesino, o de mal juicio
(todos flaqueamos alguna vez),
mas nunca, entre mis crímenes, cupo el vicio
del más leve asomo de doblez.

»Lo dije en hebreo, y también lo dije en griego,
lo dije en alemán y en holandés;
mas del todo olvidé (y me irrita, no lo niego)
¡que vosotros habláis en inglés!»

«Penoso relato», dijo el Bedel, y su cara
se alargaba a cada frase que oía;
«mas, ya que tu caso completo se declara,
más debate sería una tontería.

»El resto de mi discurso» (explicó a su gente)
«ya lo oiréis cuando pueda soltarlo.
¡Mas el Snark ya está aquí, os lo digo nuevamente!
¡Es glorioso deber vuestro el buscarlo!

»¡Buscarlo con dedales y con celo temerario,
cazarlo con horquillas e ilusión,
su vida amenazar con un bono ferroviario,
hechizarlo con sonrisas y jabón!

»Pues el Snark es un bicho raro que no se atrapa
por los métodos de todo el mundo.
¡Haced cuanto sepáis, probad cuanto se os escapa:
que hoy no se pierda ni un segundo!

»Pues Inglaterra espera... Me abstengo de seguir:
es una máxima tremenda, pero trillada.
Ya podéis ir sacando lo que hayáis de vestir,
y pertrecharos para la estacada».

El Banquero endosó un cheque en blanco (que además cruzó)
y cambió su plata suelta en papel.
Con esmero el Bizcochero sus patillas peinó
y sacudió sus abrigos también.

El Betunero y el Bolsista afilaban la azada,
turnándose a la piedra de arena;
mas el Castor seguía haciendo encaje, y en nada
mostraba interés por la faena:

aunque el Bachiller apeló a su orgullo y linaje,
y en vano citó, muy satisfecho,
todo un montón de casos en que hacer encaje
fue probada violación de un derecho.

El Bonetero urdía con saña un flamante
arreglo de lazos y matices;
mientras el Billarista, con mano temblante,
se entizaba la punta de las narices.

Nervioso, el Carnicero se vistió de etiqueta,
con guantes de cabritilla amarillos y gorguera;
dijo que era igual que ir a cenar de gala completa,
que el Bedel declaró «paparruchas» y quimera.

«Preséntamelo —dijo—; anda, hazme esa fineza,
si topamos los dos con la alimaña».
Y el Bedel, asintiendo sagaz con la cabeza,
dijo: «Eso dependerá del tiempo que haga».

El Castor iba galumfando, divertido,
al ver al Carnicero con sonrojo;
y hasta el Bizcochero, con ser tan zote y fornido,
hizo un esfuerzo por guiñar un ojo.

«¡Sé un hombre!», bramó el Bedel al oír, indignado,
que el Carnicero rompía a sollozar.
«Si hallamos un Jubjub, pájaro desesperado,
¡toda nuestra fuerza habrá que emplear!»

ATAQUE QUINTO

LA LECCIÓN DEL CASTOR

Lo buscaron con dedales y con celo temerario;
lo acosaron con horquillas e ilusión;
su vida amenazaron con un bono ferroviario;
lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Entonces el Carnicero urdió un plan refinado
para lanzarse a la caza a solas;
y fijó un lugar por el hombre jamás hollado,
un valle desolado, entre sombras.

Mas al Castor se le ocurrió el mismísimo plan:
había escogido el mismo lugar;
y ninguno mostró, ni por seña ni ademán,
el asco que empezaba a asomar.

Cada cual creía pensar tan solo en «Snark»
y en la gloriosa faena del día;
y cada cual fingía no llegar a notar
que el otro tomaba la misma vía.

Mas el valle se hacía más y más estrecho,
y la tarde, más fría y más oscura,
hasta que (de puro nervio, y no por buen afecto)
marcharon hombro con hombro, a la ventura.

Un chillido agudo rasgó el cielo estremecido,
y supieron que un peligro se acercaba:
palideció el Castor de cabo a rabo, transido,
y hasta el Carnicero se azaraba.

Pensó en su infancia, tan lejos ya, tan ausente
—aquel estado dichoso y sin mancha—:
tan exacto el sonido le trajo a la mente
iun lápiz que chirría en una pizarra!

«¡Es la voz del Jubjub!», de repente exclamó
(el hombre a quien llamaban «el Zote»).

«Como el Bedel diría», añadió, y se ufanó,
«ya he dicho eso una vez, ya lo oyes.

»¡Es la nota del Jubjub! Te lo ruego: lleva cuenta;
verás que van dos veces bien contadas.
¡Es el canto del Jubjub! Ya la prueba es completa,
con solo decirlo tres veces, ya basta».

El Castor fue contando con escrupuloso celo,
atento a cada palabra al pasar:
mas perdió el ánimo y desgribó sin consuelo,
cuando la tercera vez volvió a sonar.

Sintió que, pese a todos sus posibles desvelos,
el recuento se le había escapado,
y que ahora solo cabía estrujarse los sesos
sumando otra vez todo lo contado.

«Dos más uno... ¡si hacerse pudiera, siquiera,
con los dedos y los pulgares!», decía,
recordando con llanto que, en su infancia primera,
a las sumas jamás se aplicaría.

«La cosa puede hacerse, creo», dijo el Carnicero;
«la cosa debe hacerse, estoy seguro;
¡la cosa se hará! ¡Tráeme papel y tintero,
el mejor que se logre traer de apuro!»

El Castor trajo plumas, papel y carteras,
y tinta en provisiones no agotadas;
mientras de sus cuevas salían criaturas rastreras
y los miraban con pupilas asombradas.

El Carnicero, absorto, los ignoró de plano,
pues con una pluma en cada mano escribía,
y explicaba entretanto en un estilo bien llano
que el Castor sin esfuerzo comprendía.

«Tomando a Tres por sujeto del que razonar
—cifra cómoda y de buen tamaño—,
sumamos Siete y Diez, y luego, a multiplicar
por Mil menos Ocho, sin engaño.

»Lo que salga, ya ves, lo dividimos después
entre Novecientos Noventa y Dos;
restamos Diecisiete, y el resultado es
exacto y perfecto. ¡Vive Dios!

»El método empleado te explicara con placer,
mientras lo tengo claro en la testa,
si tuviera yo el tiempo, y tú algo de saber;
mas mucho por decir aún nos resta.

»En un punto he entendido lo que hasta hoy ha sido
envuelto en el misterio más total,
y sin coste añadido te daré, extendido,
una Lección de Historia Natural».

Con su gracia habitual pasó a la explicación
(olvidada la ley de urbanidad,
y que dar instrucción sin previa presentación
sería un escándalo en Sociedad),

«De genio, el Jubjub es pájaro desesperado,
pues en pasión perpetua se acomoda;
su gusto para el traje es del todo alocado:
va siglos por delante de la moda.

»Mas conoce al amigo visto en una ocasión;
jamás mira un soborno ni recibe;
y en las cuestaciones se planta ante el portón,
y recauda, aunque él nunca suscribe.

»Su sabor, cocinado, es más fino y más sutil
que el cordero, los huevos y las ostras.
(Unos lo creen mejor en un tarro de marfil,
y otros, en barriles de caoba.)

»Lo hierves en serrín; con cola lo salarás;
lo condensas con cinta y langosta;
sin quitar la vista de un fin principal, jamás:
conservar su simétrica forma».

El Carnicero hablara hasta el día siguiente,
mas la lección tenía que acabar,
y lloró de placer al decir, balbuciente,
que al Castor por amigo iba a contar.

Y el Castor confesó, con miradas de cariño
más elocuentes aún que el llanto amargo,
que aprendió en diez minutos más que todos los libros
le habrían enseñado en setenta años.

Volvieron de la mano, y el Bedel, desarmado
(un instante) por noble emoción,
dijo: «¡Esto compensa los días que hemos penado
en el mar y su eterna ondulación!»

Amistad como la del Castor y el Carnicero
rara vez, o jamás, se ha conocido;
en invierno o verano, era el mismo sendero:
nunca a uno lo hallabas sin su amigo.

Y si surgían riñas —cosa harto frecuente,
pues surgen, por más que uno se esfuerce—,
la canción del Jubjub les volvía a la mente,
¡y cimentaba su amistad por siempre!

ATAQUE SEXTO

EL SUEÑO DEL BACHILLER

Lo buscaron con dedales y con celo temerario;
lo acosaron con horquillas e ilusión;
su vida amenazaron con un bono ferroviario;
lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Mas el Bachiller, cansado de probar en vano
que el encaje del Castor no valía,
se durmió, y vio en sueños, clarísimo y cercano,
a aquel ser que su antojo perseguía.

Soñó que se encontraba en una Audiencia sombría,
donde el Snark, con monóculo calado,
de toga, banda y peluca, a un cerdo defendía
de abandonar su pocilga acusado.

Los Testigos probaron, sin error ni deslices,
que hallaron la pocilga desierta;
y el Juez iba explicando la ley y sus matices
en un blando rumor que no despierta.

Nunca fue claro del todo el auto acusatorio,
y se ve que el Snark había empezado
y habló tres horas seguidas, siempre perentorio,
y nadie supo el delito imputado.

Cada uno del Jurado formó un juicio distinto
(mucho antes de leerse el auto entero),
y todos hablaban a un tiempo, en tal laberinto,
sin oír palabra del compañero.

«Sabed...», dijo el Juez; mas el Snark, esta vez: «¡Pamplinas!
¡Ese estatuto es letra medieval!
Digo, amigos y testigos, que todo depende
de un antiguo derecho señorial.

»En materia de Traición, el cerdo, a lo que veo,
auxilió, pero apenas fue inductor;
y el cargo de Insolvencia decae, según creo,
si admitís la excepción de “no deudor”.

»El hecho de la Deserción no he de discutir;
pero su culpa, espero, está purgada
(en cuanto a las costas del pleito, se ha de decir)
por la coartada que quedó probada.

»De vuestros votos pende la suerte de mi cliente».
Aquí el orador tomó su asiento,
y mandó al Juez repasar sus notas, diligente,
y resumir el caso en un momento.

Mas el Juez dijo que nunca resumió nada;
conque el Snark se encargó en su lugar,
y resumió tan bien que la suma salió inflada:
imás de cuanto osaron los Testigos contar!

Pedido el veredicto, el Jurado se negaba,
pues deletrearlo era odisea;
mas se atrevió a esperar que al Snark no le importaba
encargarse también de esa tarea.

El Snark halló el veredicto, aunque reconocía
estar rendido de tanto bregar;
y cuando dijo «¡CULPABLE!», el Jurado gemía,
y alguno hasta llegó a desmayar.

El Snark dictó sentencia, pues el Juez se hallaba
harto nervioso para responder;
y al alzarse, un silencio de noche reinaba,
y hasta un alfiler se oiría caer.

«Destierro perpetuo» fue la pena que dictó,
«y *luego*, cuarenta libras de multa».
El Jurado aclamó, mas el Juez receló
que en derecho la frase no resulta.

Mas su alborozo quedó de pronto cortado
cuando el carcelero, en llanto, decía
que tal fallo no daría el menor resultado,
pues muerto el cerdo hacía años yacía.

El Juez dejó la sala con honda repugnancia;
mas el Snark, aunque algo consternado,
como el letrado a quien se confiara la instancia,
siguió bramando hasta el fin, obstinado.

Soñaba el Bachiller, y el bramido sonaba
cada vez más claro y más definido;
hasta que lo despertó una campana tirana,
que el Bedel tocaba junto a su oído.

ATAQUE SÉPTIMO

EL DESTINO DEL BANQUERO

Lo buscaron con dedales y con celo temerario;
lo acosaron con horquillas e ilusión;
su vida amenazaron con un bono ferroviario;
lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Y el Banquero, encendido de un coraje tan flamante
que a todos les dio que comentar,
corrió como un demente y lo perdieron al instante
en su afán de descubrir al Snark.

Mas mientras lo buscaba con dedales y con celo,
un Bandersnatch veloz se le venía,
y agarró al Banquero, que chilló de desconsuelo,
pues sabía que huir no serviría.

Ofreció un gran descuento —ofreció un cheque librado
«al portador», de siete libras con diez;
mas el Bandersnatch solo estiró el cuello, obstinado,
y agarró al pobre Banquero otra vez.

Sin pausa ni parada —mientras la fiera quijada
frumiosa chasqueaba alrededor—,
brincó y saltó, chapoteó y tropezó,
hasta que al suelo cayó sin vigor.

El Bandersnatch huyó cuando el resto acudía
tras aquel alarido de pavor:
y el Bedel observó, muy solemne: «¡Ya lo temía!»,
y dobló su campana con dolor.

Tenía negra la cara, y apenas si quedaba
en él rastro del hombre que fue ayer;
y era tanto su espanto que el chaleco que usaba
se le volvió blanco: ¡había que ver!

Con horror de cuantos hubo aquel día en el lugar,
se irguió de rigurosa etiqueta,
y con muecas sin sentido se esforzaba en hablar
lo que ya no expresaba su lengua sujeta.

En un sillón se hundió, del pelo tiró, sin piedad,
y cantó con mimsísimos rezos
palabras cuya inanidad probó su insanidad,
mientras hacía sonar un par de huesos.

«¡Dejadlo aquí a su sino, que oscurece el camino!»,
gritó el Bedel, empezando a temblar.
«Perdimos media jornada; cualquier otra parada,
¡y esta noche no habrá Snark que cazar!»

ATAQUE OCTAVO

LA DESAPARICIÓN

Lo buscaron con dedales y con celo temerario;
lo acosaron con horquillas e ilusión;
su vida amenazaron con un bono ferroviario;
lo hechizaron con sonrisas y jabón.

Temblaban pensando en un fracaso a última hora,
y el Castor, excitado al fin,
iba a saltos sobre la punta de la cola,
pues la luz se apagaba en el confín.

«¡Chismecosa está gritando!», exclamó el Bedel;
«¡Grita como un demente! ¡Escuchad!
¡Agita las manos y la testa a la vez;
de seguro que ha encontrado un Snark!»

Miraban extasiados, y gritó el Carnicero:
«¡Siempre fue un bromista temerario!»
Lo vieron —su héroe sin nombre, su Bizcochero—
en lo alto de un risco solitario.

Sublime, erguido, un instante, un latido en la cima.
Al momento siguiente lo vieron
—cual si un espasmo lo hiriera— caer a la sima,
y esperaron, absortos, y oyeron.

«¡Es un Snark!» fue el sonido que llegó a sus oídos,
casi un sueño. ¿Lo creerías tú?
Siguió luego un torrente de risas y alaridos:
y luego el ominoso «¡Es un Bu-»

Luego, el silencio. Creyeron oír en la calma
un cansado y errante suspiro
que sonó luego a «-jum!»; pero los otros declaran
que fue solo una brisa en su giro.

Cazaron hasta el oscurecer, mas no encontraron
ni un botón, ni una pluma, ni una marca
que dijera que era el sitio en que se hallaron
el pobre Bizcochero y el Snark.

En mitad de la palabra que estaba diciendo,
en mitad de su risa y su placer,
se había esfumado de pronto y en silencio—
porque el Snark *era* un Boojum, ya ves.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB